

89/86-
S.

PG7158
S4
F38
V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Manceu, Barcelona.



Là Família

Polaniecki

I

Acababa de dar la una de la madrugada, cuando Polaniecki llegó al término de su camino, á la hacienda de Kerzemien. Al principio de su juventud había estado allí con frecuencia. Su madre, una parienta lejana de la primera mujer del actual propietario de la finca, le conducía allí dos veces al año durante las vacaciones.

Polaniecki se esforzaba en reconocer los sitios por donde pasaba. Pero no era posible. La noche, clareada por la luna, daba á las cosas un aspecto diferente. Sobre el follaje, sobre los prados, sobre los campos, en una palabra, sobre todos los objetos

se extendía una pertinaz y blanca niebla, que daba al parque el aspecto de un mar sin límites. El graznido de las ranas que salía de aquel mar de niebla, no hacía otra cosa que hacer más verosímil el error.

Era una hermosa y serena noche de Julio. Apenas callaban las ranas, resonaba el melancólico canto de la codorniz y allá á lo lejos en los pantanosos estanques ocultos entre los alisos resonaba, cual si saliera de las entrañas de la tierra, el lúgubre grito del buho.

Polaniecki sentíase subyugado por el encanto de aquella noche. Y era mayor esta impresión por cuanto se hallaba en su patria, recién regresado del extranjero, donde había pasado su juventud y los primeros años de la edad viril, dedicado por completo al comercio.

Mientras se aproximaba al pueblo, acudíale á la mente el recuerdo de su niñez, la figura de su madre, fallecida cinco años atrás, y todos los pequeños cuidados de la juventud, que se le figuraban insignificantes, comparados con los graves pensamientos del presente.

El coche llegó pausadamente al pueblo, pasando junto á una pequeña eminencia de tierra, encima de la cual se levantaba una cruz que, completamente desgastada, amenazaba venirse á tierra.

Cerca de la cruz empezaban las primeras casas. Pero los moradores de estas hallábanse entregados al sueño. No había ventana alguna que estuviese iluminada. Los techos de las casas, clareados por la luna, brillaban en medio de la noche con un color gris plateado, mientras en medio de los árboles

resplandecía con el color amarillo del oro alguna que otra choza fabricada con greda. En cambio otras, ocultas entre los pabellones, los girasoles y las arbedaderas, entreveíanse apenas en medio de la oscuridad.

El coche, que avanzaba lentamente por la arenosa calle, detúvose al fin delante de un oscuro callejón. En el fondo de éste se destacaba la blanca fachada de un edificio, cuyas ventanas estaban en parte iluminadas.

Al ruido del coche, un criado salió apresuradamente de la casa y, recogiendo el reducido equipaje de Polaniecki, le condujo al comedor, donde estaba preparado el té.

Nada había cambiado allí. Una de las paredes estaba ocupada por un buffet de nogal y por un voluminoso reloj de péndola del cual pendían enormes pesas, de la pared opuesta colgaban, con ridícula ostentación, dos retratos mal pintados de mujeres jóvenes extravagantemente vestidas; en el centro de la sala estaba colocada la mesa, cubierta con blanco mantel y rodeada de viejos sillones con elevados respaldos.

Polaniecki dió algunos pasos por la estancia, pero el ruido de sus pasos en medio de aquel silencio le distrajo; acercóse de consiguiente á la ventana, contemplando en silencio el patio iluminado por la luna.

Al cabo de breves instantes, abrióse poco á poco la puerta de la habitación inmediata y una jovencita penetró en el comedor. Polaniecki creyó reconocer en ella á la hija de la segunda mujer del dueño de la finca.

A su aparición, separóse él de la ventana y se aproximó á la mesa inclinándose y pronunciando su propio nombre.

La jovencita tendió ambas manos y dijo:

—Hemos recibido el telegrama en que nos anunciaba usted su llegada. Pero mi padre está algo indispuesto y ha tenido que acostarse. Tendría mucho gusto en saludarle mañana por la mañana.

—Siento muchísimo haberos molestado en hora tan intempestiva,—contestó Polaniecki,—llegué á Ezerniov en el tren de las once.

—Y de Ezerniov á nuestra casa hay dos largas millas de camino. Mi padre me ha dicho que no es ésta la primera vez que ha venido usted aquí.

—Sí, venía á menudo con mi madre. En aquella época usted no había venido aún al mundo.

—¿Es usted pariente de mi padre?

—La primera esposa del señor Plavicki era una parienta mía algo lejana.

—Mi padre me habla de usted con frecuencia,—repuso la jovencita, mientras servía el té resguardándose con la mano derecha del vapor que se desprendía de la tetera.

Decayó la conversación y únicamente se oía el rítmico tic-tac del reloj.

Polaniecki, á quien todas las mujeres jóvenes interesaban, examinaba atentamente á la señorita Plavicki.

Esta era de mediana estatura, bastante desarrollada; tenía el cabello negro, dulces y expresivas las facciones, la tez algo tomada del sol, ojos azules, bien delineada la boca si bien con cierto aire

sarcástico, produciendo el conjunto la impresión de un sér dulce y delicado.

Polaniecki, á quien la muchacha no le parecía fea, pero que no la hallaba hermosa por completo, pensaba para sus adentros que, á juzgar por su aspecto, tenía que ser buena y cariñosa, y que, bajo un exterior algo frío, podía ocultar aquellas dotes de formalidad que distinguen á las muchachas educadas en el campo.

A pesar de ser aún joven, sabía por experiencia que las mujeres, conocidas de cerca, ganan siempre, mientras que los hombres sólo pueden salir perdiendo. Y sobre todo sabía que la señorita Plavicki estaba dotada de una actividad poco común. Tenía ella á su cuidado no tan sólo los asuntos domésticos, sino todo lo concerniente á la administración de la casa, que por lo demás estaba próxima á la ruina, y que con todo y ser ella sola quien llevara las molestias y las cargas inherentes á tales cuidados, no por eso dejaba de aparecer tranquila y serena.

De pronto se le ocurrió que la joven estaba fatigada y necesitaba descansar. Leíase en sus ojos la dificultad con que luchaba contra el sueño.

Indudablemente habría sido para ella más favorable el exámen, si la conversación no se hubiera ido llevando tan penosamente. Lo cual en parte tenía su explicación, considerando que era la primera vez que se hallaban juntos, y comprendiendo el embarazo que debía experimentar ella al tener que recibir sola y á tales horas á un forastero. Además, ella sabía perfectamente que Polaniecki había veni-

A su aparición, separóse él de la ventana y se aproximó á la mesa inclinándose y pronunciando su propio nombre.

La jovencita tendió ambas manos y dijo:

—Hemos recibido el telegrama en que nos anunciaba usted su llegada. Pero mi padre está algo indispuesto y ha tenido que acostarse. Tendría mucho gusto en saludarle mañana por la mañana.

—Siento muchísimo haberos molestado en hora tan intempestiva,—contestó Polaniecki,—llegué á Ezerniov en el tren de las once.

—Y de Ezerniov á nuestra casa hay dos largas millas de camino. Mi padre me ha dicho que no es ésta la primera vez que ha venido usted aquí.

—Sí, venía á menudo con mi madre. En aquella época usted no había venido aún al mundo.

—¿Es usted pariente de mi padre?

—La primera esposa del señor Plavicki era una parienta mía algo lejana.

—Mi padre me habla de usted con frecuencia,—repuso la jovencita, mientras servía el té resguardándose con la mano derecha del vapor que se desprendía de la tetera.

Decayó la conversación y únicamente se oía el rítmico tic-tac del reloj.

Polaniecki, á quien todas las mujeres jóvenes interesaban, examinaba atentamente á la señorita Plavicki.

Esta era de mediana estatura, bastante desarrollada; tenía el cabello negro, dulces y expresivas las facciones, la tez algo tomada del sol, ojos azules, bien delineada la boca si bien con cierto aire

sarcástico, produciendo el conjunto la impresión de un sér dulce y delicado.

Polaniecki, á quien la muchacha no le parecía fea, pero que no la hallaba hermosa por completo, pensaba para sus adentros que, á juzgar por su aspecto, tenía que ser buena y cariñosa, y que, bajo un exterior algo frío, podía ocultar aquellas dotes de formalidad que distinguen á las muchachas educadas en el campo.

A pesar de ser aún joven, sabía por experiencia que las mujeres, conocidas de cerca, ganan siempre, mientras que los hombres sólo pueden salir perdiendo. Y sobre todo sabía que la señorita Plavicki estaba dotada de una actividad poco común. Tenía ella á su cuidado no tan sólo los asuntos domésticos, sino todo lo concerniente á la administración de la casa, que por lo demás estaba próxima á la ruina, y que con todo y ser ella sola quien llevara las molestias y las cargas inherentes á tales cuidados, no por eso dejaba de aparecer tranquila y serena.

De pronto se le ocurrió que la joven estaba fatigada y necesitaba descansar. Leíase en sus ojos la dificultad con que luchaba contra el sueño.

Indudablemente habría sido para ella más favorable el exámen, si la conversación no se hubiera ido llevando tan penosamente. Lo cual en parte tenía su explicación, considerando que era la primera vez que se hallaban juntos, y comprendiendo el embarazo que debía experimentar ella al tener que recibir sola y á tales horas á un forastero. Además, ella sabía perfectamente que Polaniecki había veni-

do no para hacer una visita, sino para reclamar un crédito que pretendía tener contra la familia.

En época muy remota, la madre de Polaniecki había prestado al señor Plavicki veinte mil rublos, garantizados por hipoteca de la finca, y el hijo venía ahora á reclamarselos por dos razones: primera, porque no se pagaban los intereses, y la segunda porque interesaba en una casa de comercio de Varsovia, y como se hallase empeñado en varios negocios, tenía necesidad absoluta de poder disponer de un capital.

Ya desde el principio de su viaje se había propuesto no conceder prórroga alguna é insistir en que se le pagase todo en seguida. Este era su sistema en semejantes ocasiones, por más que su carácter nada tenía de duro ni de inflexible.

Mientras examinaba á la niña, á pesar de que ésta le inspiraba simpatía, pensaba para sus adentros:

—Es bonita y buena, pero tendrá que pagar.

A los pocos instantes dijo, dirigiéndose á la señorita Plavicki:

—He oído decir que está usted siempre atareada. ¿Le gusta mucho el campo?

—Tengo mucho cariño á Kerzemien.

—También yo de niño le había tomado cariño, mas ahora no quisiera verme precisado á tener que hacer algo aquí, debe ser una administración muy difícil.

—¡Muy difícil, difícilísima! Francamente, nosotros hacemos todo lo que está á nuestro alcance.

—Lo cual quiere decir que hace usted más de lo que sus fuerzas le permiten.

—Ayudo á mi padre que está enfermo muy á menudo.

—Yo entiendo de todo, menos de esto, mas por lo que veo y oigo decir, no hay gran cosa que ganar en la industria agrícola.

—Nosotros confiamos en la Providencia.

—Eso es una cosa muy bonita y muy buena, pero á los acreedores no se les puede enviar á la Providencia.

Un vivo rubor invadió el rostro de la señorita Plavicki, y á las palabras del viajero siguió una pausa embarazosa.

—Permitame usted que le dé á conocer el objeto de mi visita,—observó Polaniecki.

La joven fijó en él una mirada que á las claras quería decir:

—Acaba usted de llegar ahora mismo, es muy tarde ya; el cansancio no me permite casi tenerme en pie aun cuando sólo fuese por un resto de atención debiera usted haber evitado hablarme de semejante cosa.

Al mismo tiempo se limitó á decir:

—Sé el objeto de su visita, pero creo que es mejor que hable usted de eso con mi padre.

—Está bien: dispense usted,—respondió Polaniecki.

—Yo soy quien tengo que suplicarle me dispense. Cada cual tiene derecho á pedir lo que se le debe: pero hoy es sábado y los sábados se tiene mucho más trabajo que los otros días. Y en estas ocasiones... ya comprenderá usted... A veces, cuando vienen los judíos, yo despacho sola los asuntos con ellos... Pero con usted... prefiero que hable con mi

padre. Créame usted, será mucho mejor para uno y otro.

—Pues hasta mañana,—repuso Polaniecki, sintiéndose con menos valor para proseguir, y á pesar de que en cuestión de dinero, hubiese preferido que se le tratase como á judío.

—¿Quiere usted otra taza de té?

—No, gracias. Buenas noches.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, Polaniecki se puso de pie y tendió la mano á la joven. Tendiósela también ella, si bien con mucha menor cordialidad que la primera vez, y de tal suerte que él apenas le pudo tocar las puntas de los dedos.

—El criado le enseñará á usted su cuarto,—dijo la joven antes de alejarse.

Cuando se encontró solo, Polaniecki se sintió malhumorado contra sí mismo, Su conciencia le reprochaba el no haber obrado tal como se había propuesto, en vez de dejarse llevar de un sentimiento de compasión hacia la fatigada niña. No dejaba de contribuir también la señorita Plavicki á su malhumor; irritábase porque la muchacha le había gustado.

El mismo sentimiento que había experimentado á la vista del melancólico paisaje iluminado por la luna, lo experimentó ahora respecto á la joven.

Sus modales y su persona toda le eran simpáticos, hallaba en ella algo que le impresionaba fuertemente, con una impresión muy superior á cuantas había experimentado hasta entonces. Pero con frecuencia los hombres se avergüenzan de sus propios sentimientos, y esto le acaeció á Polaniecki, y

se juró proceder al siguiente día con un rigor inexorable.

Pero mientras interiormente se felicitaba por la resolución que acababa de tomar, maldecía el destino que le había enviado á Kerzemien con el carácter de acreedor; y por más esfuerzos que hacía para conciliar el sueño, éste se alejaba de sus ojos. El gallo entonó su primer canto matinal, los primeros y pálidos rayos del alba iluminaron con su lánguida luz los cristales de su ventana, sin que él hubiese conseguido alejar de su mente la melancólica imagen de aquella niña.

II

Era bastante tarde ya cuando fué á despertarle el criado, invitándole á que bajara á tomar el desayuno.

Polaniecki le preguntó si no había costumbre de desayunarse juntos en el comedor.

—No,—contestó el criado;—la señorita se levanta temprano y el señor duerme hasta una hora avanzada.

—¿Se ha levantado ya tu joven ama?

—La señorita ha ido á misa.

—¡Ah, sí! es verdad; hoy es domingo. ¿No va con su padre?

—No. El amo va á la misa mayor, y luego hace una visita al canónigo; por eso la señorita prefiere asistir á misa primera.

—¿Qué hacen tus amos el domingo?